

"La isla sumergida", cuento de *Mientras la tierra gira*

***La brújula.* Carmen Navarro Sánchez**

Cuando empecé en el mundo del periodismo poco se sabía de Narootea, una pequeña isla que aparecía en algunos mapas de navegación de principios del siglo pasado. Durante un tiempo, renombrados cartógrafos afirmaron que debía de tratarse de una simple mancha entre la inmensidad de Polinesia bautizada con nombre extraño. Me costaba entender su escepticismo, especialmente tras el hallazgo de unos documentos sobre una expedición en barco que había financiado un periódico neoyorquino.

Comencé investigando a las personas mencionadas en esas notas. Se citaba en varias ocasiones a míster Lewis y míster Siwel, cuyos nombres con las letras invertidas casi sonaba a broma. Averigüé que estos dos hombres no solo existieron de verdad, sino que, además, se les consideraba intelectuales bastante ilustres y respetados en su campo. Fallecidos desde hacía un par de décadas, ambos habían tenido posiciones polarizadas respecto a la existencia o no de la isla polinesia, pero tras la expedición no volvieron a pronunciarse sobre el asunto. Muchos dijeron que el viaje en busca de Narootea les había hecho perder el juicio.

Otras rarezas estaban relacionadas con esta travesía: una joven, miss Morris, y el periodista redactor de la crónica, quienes al parecer se enamoraron durante el viaje, jamás regresaron. El padre de la chica, míster Morris, funcionario encargado de la emisión del informe oficial sobre los hallazgos, partió después en canoa acompañado del patrón del barco, seguramente para encontrar a su hija, y tampoco se volvió a saber de ellos. Para colmo, la goleta en la que se había desarrollado aquella aventura, la Tasmania, se hundió en su siguiente salida.

¡Cuán frustrada me sentía! Todos los caminos se cerraban a mi paso y aun así mi mente no podía abandonar el misterio de Narootea. Contacté con un antiguo amigo, antropólogo y cazatesoros con el que había coincidido en numerosas ocasiones a lo largo de los años. Él pensaba que desperdiciaba mi tiempo, pues mucho antes que yo había tratado de encontrar la Tasmania, como me relató:

—Todo apunta a que esa embarcación se hundió durante un viaje comercial entre Nueva Zelanda y la Isla de Pascua, pero te garantizo que no está en esa zona. Uno de mis colaboradores me habló de unas señales que había recibido. Sé lo que estás pensando, porque en algunos mapas aparece un pequeño punto que bien podría ser Narootea, pero tampoco ahí la encontré. Ni rastro de la Tasmania. Me sumergí en esas aguas durante casi un año... Y lo único que conservo de ese viaje es esto. —El cazatesoros me tendió un extraño cilindro cromado expuesto en una de las estanterías de su despacho.

—¿Es un *to'ere* en miniatura? —le pregunté. Mi fascinación por las costumbres orientales me evocó el típico tambor polinesio de madera alargado con una hendidura.

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices, guardan cierto parecido. El pescador que lo encontró creía que formaba parte de un barco, quizá de la Tasmania, pero no logré descifrar cuál podía ser su función. Un tasador lo valoró y me ofreció una cantidad ridícula por él, al estar partido. Lo guardé como *souvenir*. Te lo puedes quedar si quieres.

Le agradecí el regalo y regresé a mi casa. Ansiaba continuar con la investigación, pero me encontraba estancada. Y cuando intentaba escribir sobre otros temas, mi mente me llevaba de nuevo a Narootea. ¿Estaría yo también perdiendo la cabeza? Me prometí buscar yo misma la isla, dándome tres meses de plazo y ni un

día más. Si no conseguía pruebas de su existencia, trataría de olvidar esa historia y seguir adelante con mi vida.

Volé hacia Australia. Desde allí, en ferry, me trasladé a varias islas empezando por Nueva Zelanda, una a una, equipada con mi cuaderno, una cámara de fotos y el cilindro misterioso. Preguntaba a los nativos por Narootea y la Tasmania. Mostraba fotos de los viajeros de la expedición sin ningún resultado, pese a insistir en aquellos que no habían regresado: miss Morris y el periodista, el padre y el capitán...

Un día, rendida ya en la orilla de una playa, con el billete de vuelta en mi mochila, se me acercó una mujer de avanzada edad. Tomó la imagen que llevaba conmigo, aquella que había publicado el diario neoyorquino cuando se aprobó la expedición:

—¿Por qué tienes una foto de mi padre? —inquirió sin andarse con rodeos.

—¿Eres hija de míster Morris?

—¿Y qué haces con esa brújula? —señaló el cilindro que mi amigo cazatesoros me había regalado.

—¿Brújula?

Me bloqueé ante el hallazgo. ¡Cuántas cosas quería preguntarle! ¿Dónde estaba Narootea? ¿Qué había sido de ella y de su periodista tras la expedición? ¿Había vuelto a ver a su padre?

No logré hacerlo. Me arrancó el cilindro de las manos y echó a correr por la playa. Se sumergió y se alejó nadando. En apenas unos instantes ya la había perdido de vista.